



AGUILAR S. A. DE EDICIONES JUAN BRAVO 38 - 28006 - MADRID

276 38 00 Guilarditor

NOTA DE PRENSA

"CELIA EN LA REVOLUCION"

El manuscrito encontrado en Nueva York

La celebración del CENTENARIO del nacimiento de *Elena Fortún* ha coincidido con la feliz noticia del hallazgo de un manuscrito que se creía perdido: "CELIA EN LA REVOLUCION". La autora lo terminó el 13 de Julio de 1943, pero los avatares del exilio, idas y venidas a la Argentina y Norteamérica, tal vez problemas intuidos con la censura de la época, hicieron que aquellas hojas amarillas en que está escrito se fueran quedando olvidadas en los baules de viaje. Hacia el año 1963, el hijo de Elena Fortún ofrece el manuscrito a D. Manuel Aguilar, pero, otra vez, vuelve el silencio y nadie se ocupa siquiera de mecanografiarlo con grave riesgo de que el paso del tiempo lo convirtiera en ilegible.

mentira
Este año, con motivo del centenario de Elena Fortún, la nuera de la escritora, que vive en New York, recuperó el manuscrito junto a otros muchos escritos inéditos del período argentino. AGUILAR está ya preparando la edición de este "CELIA" casi olvidado que será quizá el mejor homenaje que se le pueda tributar a Elena Fortún, precisamente en el cincuentenario de nuestra Guerra Civil: rescatar un original sobre la guerra, dirigido a los más jóvenes y empezado a redactar en plena contienda...

uno
"CELIA EN LA REVOLUCION" tiene como protagonista a Celia, centro del microcosmos de casi toda la obra de Elena Fortún. Narra su vida en "aquella espantosa locura" que fue la Guerra Civil y presenta toda la gama contradictoria de personajes familiares: El padre, utópico y soñador, defensor de la República; el abuelo muerto en nombre de la libertad; tía Julia, "de derechas", y su hijo Gerardo, falangista... Y ella, que no comprende casi nada y que sufre con todo, aunque no toma partido, estará siempre del lado de los que padecen... "CELIA EN LA REVOLUCION" es una mezcla de belleza y espanto, un trozo de la historia reciente de España relatado con vigor y sencillez por una mujer que lo vivió y lo quiso transmitir vivencialmente a "los lectores" como solo ella podía hacerlo.

Con la publicación de "Celia en la Revolución", Aguilar completa definitivamente la saga familiar de Celia, Cuchifritin, Matonkikí, Mila... y lo hace con un libro muy distinto a todos los demás. Muy distinto por su dramática carga emotiva, por lo que tiene de documento casi autobiográfico.

Elena Fortún vivió durante la guerra civil española las mismas vicisitudes que Celia, y las reflejó como en un espejo en la historia hermosa y angustiosa que cuenta este libro. Con él, a los cincuenta años de aquellos acontecimientos terribles y a los cien del nacimiento de Elena Fortún, queremos aportar una visión más, emocionada y fiel como lo son los mejores documentos de la historia, al conocimiento y a la reflexión de los jóvenes y los menos jóvenes sobre la última guerra entre españoles.

El manuscrito de "Celia en la Revolución", encontrado casi casualmente, nunca llegó a ser revisado a fondo por su autora, que terminó de escribir en 1943 un borrador (así lo dice ella expresamente) en el que su escritura a lápiz, llena de abreviaturas, ha necesitado de interpretaciones muchas veces trabajosas y en algún caso imposibles de todo punto.

Los editores nos hemos abstenido conscientemente de hacer traslaciones de palabras y frases que por lo ininteligible de los rasgos manuscritos hubieran sido arbitrarias o muy poco seguras, y en consecuencia, hemos evitado su transcripción. Los únicos retoques introducidos son aquellos que, unas veces por incorrección en el uso de los signos (como las comas puestas indebidamente), otras por incoherencia (como la aparición indistinta de versiones con mayúscula y con minúscula de una misma palabra) y otras por inducir a confusión al lector (como las referencias a una misma persona con distintos nombres en momentos distintos del relato), podían evitar el riesgo de una lectura incorrecta; puntualizaciones que, por otra parte, son introducidas regularmente por los correctores de toda editorial.

Nos obstante, y precisamente por la ausencia de revisión de la autora, quedan en el libro pasajes que, sin duda, Elena Fortún habría cambiado o retocado si hubiese revisado su propio texto, en especial algunos acontecimientos insuficientemente explicados o basados en sobreentendidos, como el envío de cartas del padre de Celia al Correo de Valencia, y no a las señas conocidas del Albergue en que supuestamente deberían encontrarse las hermanas de Celia con Valeriana... o la aparición sorprendente del conserje de ese Albergue que, según se nos ha dicho antes, ya no existe; un personaje con el que, en cambio, Celia no establece contacto nada más llegar a Valencia (aunque el lector deba suponer que sí visita el lugar, pues tiene las señas)... o la seguridad que el padre expresa en una carta a Celia diciendo que las niñas están bien, cuando Celia no parece saber siquiera dónde puedan estar... etc.

La "anomalía" quizá más llamativa estriba en la cantidad de días que aparentemente pasan desde la noticias de la rebelión en Africa (1er. capítulo) hasta la llegada de Celia a Madrid una semana más tarde (capítulo 3º). La suma de las jornadas que transcurren en Segovia, más las que dedican las tres hermanas y Valeriana a atravesar la Sierra, resulta cuando menos difícil de cuadrar.

Sin embargo todo ello no hace más que subrayar la condición de borrador que tiene la obra, el valor de ser la primera puesta en orden de unas notas escritas en caliente, durante los momentos mismos del drama, y decantadas aquí en primera instancia desde el probable diario de una Elena Fortún que, con el montoncillo de hojas amarillentas que no quiso ver publicadas en vida, nos viene a descubrir hoy su personal vivencia, amarga e idealista, dolorosa y esperanzada, de una tragedia que hace de este libro sin duda, mucho más, que una Celia más.

Los editores

1215 Lehigh Parkway S.
Allentown, Pa. 18103
U.S.A.

13 de Julio de 1987

Sra. Rosa Benavides
Aguilar S.A. de Ediciones
Juan Bravo 38
28006 Madrid, España

Distinguida amiga:

Mucho le agradezco el envío de los diez ejemplares de "Celia en la revolución" que ha salido muy bonito. Que ustedes hayan seguido el formato antiguo, me ha alegrado mucho. Estoy contenta que por fin este libro se haya podido publicar y espera que tenga buena acogida.

Naturalmente el manuscrito no había estado perdido, como se dice en algunos artículos. Al visitar a Don Manuel en el Escorial en 1964, nos dijo que no era posible publicar esta obra mientras vivía Franco y más tarde la editorial no estaba en condiciones de publicarlo. Pero ya todo esto ha pasado y la obra de Elena Fortún se ha completado.

Si fuera posible, me gustaría que me devolviesen el manuscrito.

La saluda muy cordialmente,

Ana María de Gorbea
Ana María de Gorbea

Editada una aventura inédita de Celia

El libro cuenta las vivencias del personaje infantil en la guerra civil española

ROSANA TORRES, Madrid

Celia, una niña de la burguesía de talante liberal, nace en agosto de 1928, en la revista *Blanco y Negro*. Desde entonces, este personaje ha acompañado la infancia literaria de varias generaciones de lectores españoles. Su autora se hizo popular con el seudónimo de Elena Fortún, y sus libros nunca dejaron de publicarse, a excepción de un solo texto, que la propia escritora dejó en borrador. Ayer, después de que el manuscrito estuviera perdido desde hace 44 años, se presentó la primera edición de *Celia en la Revolución* (editorial Aguilar), libro en el que se narran las vivencias del personaje infantil en la guerra civil española.

Son varias las generaciones de españoles que se introdujeron en el mundo de la literatura a través de los populares personajes de la autora Elena Fortún. Esta vía fue, en muchas ocasiones, el único acceso a una literatura infantil de calidad, ya que ésta era prácticamente inexistente para niños y lectores preadolescentes. Sus personajes —como Celia, Cuchifritín, Matonkiki o Colasín— se convirtieron en compañeros imprescindibles de aventuras literarias.

El pasado año, coincidiendo con la celebración del centenario del nacimiento de Elena Fortún, fue hallado un manuscrito que la propia familia de la autora creía perdido: *Celia en la Revolución*. Tras encontrarlo su nuera, la editorial Aguilar —donde nunca se abandonó la publicación de la colección de los *Celia*— no dudó en mandar a imprimir este inédito, con ilustraciones hechas para la ocasión por Asun Balzola, que narra las aventuras de una Celia

ya adolescente que tiene que vivir “aquella espantosa locura” —como la califica el propio libro— de la guerra civil española.

En el libro, la autora presenta toda una gama de personajes contradictorios, y, aunque Celia no toma partido en la contienda, sí se refleja la indignación de Elena Fortún ante la rebelión, y las vivencias de su personaje no son otras que las que padeció la propia escritora.

Celia recorre en el libro el mismo éxodo que tuvo la autora, y el manuscrito es una mezcla de ingenuidad y belleza, atrocidad y espanto. A lo largo de sus páginas se puede observar claramente cómo Celia va madurando, cómo hechos terribles al principio apenas la sacuden, y al final, sensibilizada por una guerra que no comprende, cualquier pequeña cosa aterra al personaje infantil.

A pesar de que Elena Fortún, seudónimo de Encarnación Aragoneses, era una escritora de fa-

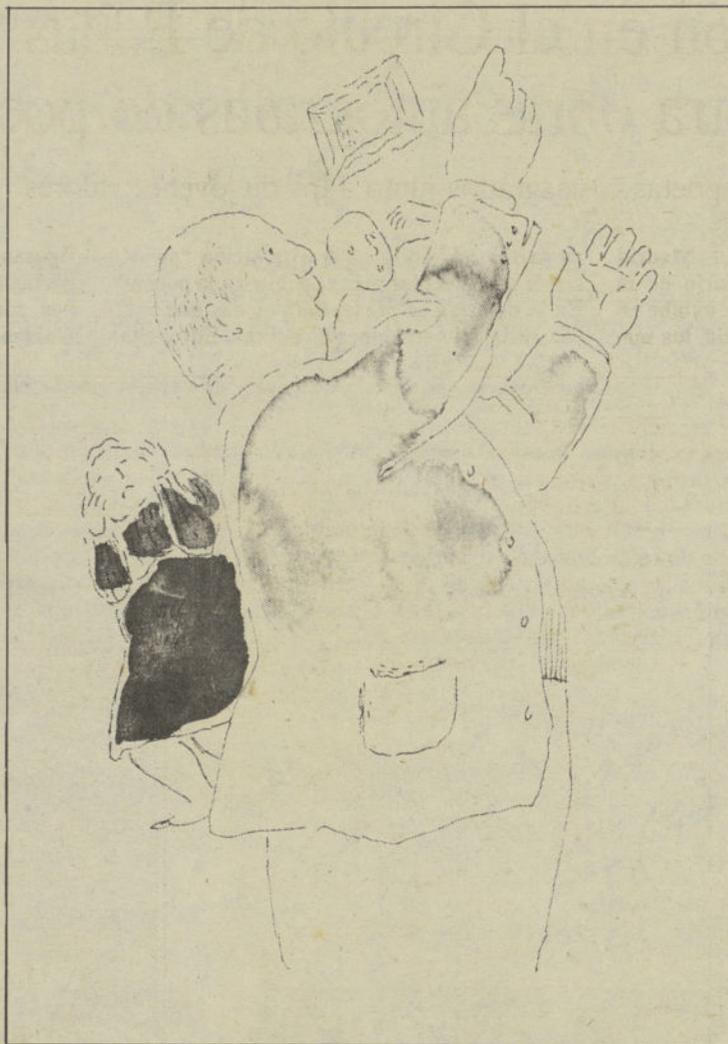


Ilustración de Asun Balzola para la edición del *Celia* inédito.

milia republicana exiliada poco antes de terminar la guerra y su ideología era claramente liberal, sus libros no dejaron de publicarse en la etapa del franquismo.

Ello significó, por un lado, que, en aquellos años de ausencia de libros infantiles con calidad, en aquellos años de guerra,

de la autora fueran libros de cabecera para los niños con hábitos lectores, y, por otro lado, que hoy haya sorprendido a una derecha que hizo suya a esta autora la aparición de *Celia en la Revolución*, donde Elena Fortún habla a través de unos personajes que

El manuscrito encontrado en Pensilvania

R. T., Madrid

Elena Fortún terminó de escribir en julio de 1943, durante su éxodo argentino, el borrador *Celia en la revolución*, que comenzó a escribir en plena contienda. La propia autora expresó su voluntad de retrasar la publicación por lo reciente de los hechos, y en espera de que las heridas se cerraran y la censura no actuara.

Aquel manuscrito, escrito en unas hojas amarillas, se quedó olvidado, hasta que, en 1963, el hijo de Elena Fortún lo ofrece a Manuel Aguilar, quien rechaza su publicación.

Es la nuera de la autora quien, al entregar a la Editorial Aguilar papeles inéditos de Elena Fortún, con motivo de la celebración del centenario de su nacimiento, redescubre este texto, encontrado en Pensilvania y no en Nueva York, como se ha comentado.

La inmediata decisión de editarlo supone que salga a la luz el único libro para niños y jóvenes que habla de la tragedia de la guerra civil española vivida desde el lado de los perdedores.

Ello ha significado todo un trabajo de investigación, que ha tenido que ser realizado por expertos, ya que el manuscrito —tal y como se pudo observar en la exposición que se realizó dentro del Salón del Libro Infantil y Juvenil con motivo del centenario de la autora— eran unas hojas que el paso de los años había convertido en amarillentas y difícilmente legibles.

Infantil

Celia en la revolución

Elena Fortún

Editorial Aguilar
Madrid, 1987

En la serie creada por Elena Fortún hacia los años treinta sobre el personaje de «Celia» faltaba un eslabón, un nexo entre dos obras muy conocidas «Celia madrecita» y «Celia institutriz en América». El salto entre la vida en el caserón del abuelo en Segovia y la nueva etapa en la ciudad del Plata dejaba una laguna inexplicable para los historiadores. Al cabo de los años, la misma editorial que promovió la serie, Editorial Aguilar, publica «Celia en la revolución» (escrita en 1943) gracias a las gestiones de la doctora de Filología Moderna por la Universidad de Cádiz, Marisol Doroa cerca de la nuera de la escritora, que actualmente reside en Nueva York. Las generaciones que disfrutaron con aquella serie gozarán igualmente con esta obra llena de vivencias y de recuerdos.

La vida de esta adolescente, agobiada por la responsabilidad de velar por lo que queda de su familia (padre y dos hermanas) sucede en unos momentos en que España está dividida por la guerra civil. Madrid, Barcelona y Valencia son los principales escenarios por los que discurre su tragedia personal. Una tragedia que, a grandes rasgos, es la misma que vivieron muchos hogares españoles.

El relato está escrito con el corazón sangrando y con la rabia y el dolor de quien sufre no sólo por aspectos físicos: bombardeos, hambre, suciedad, abandono, miseria, sino por otros más profundos como la angustia por familiares y amigos desaparecidos, los fusilamientos nocturnos, la impotencia ante el chantaje, la humillación la traición o el confusiónismo del que ve que todos quieren lo mismo pero por distintos caminos... Celia tenía una idea más elevada, quizá más gloriosa, de lo que era una revolución. Y esto que ve la asquea y la desilusiona.

El carácter autobiográfico (su amistad con los Aguilar, su popularidad, etcétera), la referencia a personajes reales (Laurita de los Ríos, Isabel García Lorca, López Ochoa, etcétera) y la visión panorámica de Madrid coyuntural, colaboran a que el relato adquiera carácter de documento histórico.

A pesar del patetismo que rodea la figura de la joven Celia durante toda la obra, resulta especialmente dura la escena final en la que se confiesa republicana sin convencimiento, sólo por poder abandonar el país y seguir a su padre en el exilio.

Por fortuna, nunca aparece el resentimiento como arma arrojada sobre el pasado. La calidad humana del personaje va más allá de ideologías y partidismos. Su deseo es observar la realidad y transmitir lo absurdo que es un mundo sin corazón cuando no queda más que la militancia y el enfrentamiento de egoísmos.

María SOLÉ

Novela

El invierno en Lisboa

Antonio Muñoz Molina

Seix Barral. Barcelona, 1987. 187 páginas

Inspirado en el cine negro americano, *El invierno en Lisboa* constituye un divertimento a la española; es decir, un divertimento con pretensiones trascendentes. Y en ello radica su principal fallo: esta historia de amor de un músico de «jazz» por una mujer pretendidamente enigmática y fascinante, trufada de episodios de violencia, es un divertimento que ha sido objeto de un tratamiento excesivo, de un tratamiento propio de una novela de mucha mayor enjundia. Por principio, un divertimento debe ser algo ligero, divertido, bienhumorado, y no, como es el caso de esta segunda novela de Muñoz Molina, algo con aspiraciones oraculares, un centón de sentencias lapidarias sobre todo lo divino y lo humano, una suma de graves variaciones sobre los temas de la memoria, de la atracción entre los sexos, etcétera.



Muñoz Molina

Ningún distanciamiento irónico, ninguna nota humorística vienen a romper aquí la solemnidad un poco ridícula con que el autor juega el juego de los amores malditos, de la hembra devoradora de hombres, con lo que lo que habría podido ser una parodia desmitificadora, o un intento de enraizar de nuevo en lo real un género ya tan reificado como el de la novela negra —fruto en sus orígenes, como se sabe, de la voluntad de acabar con los convencionalismos de la novela policíaca clásica—, se convierte en una obra híbrida, demasiado irreal para ser tomada en serio y demasiado ambiciosa para poder ser leída distendidamente.

«A diferencia de un poema», ha escrito Graham Greene, «una novela no está hecha con palabras, sino con movimiento, con acción, con personajes». Antonio Muñoz Molina ignora esta grave verdad, con las consecuencias previsibles: desatiende lo esencial y sobrevalora lo accesorio, desliziándose, así, hacia el ámbito de la «literatura», del esteticismo, del decorativismo (*El invierno en Lisboa* podría ser caracterizada como un armazón de simplicidad casi indigente recargado de adornos, de abalorios para intelectuales).

En efecto, esta novela tiene una trama elemental y tópica; su acción deja traslucir con excesiva claridad los modelos a que se ajusta; sus personajes son de cartón piedra. Y resultan vanos los esfuerzos del autor para ocultar estos hechos sirviéndose, fundamentalmente, de un verbalismo asfixiante y de continuas reflexiones que aspiran a dotar de profundidad y sentido a lo que no lo posee en sí.

¿No comprende Muñoz Molina que una trama no deja de ser tópica y elemental porque

se nos la presente de una manera no lineal, con rupturas e inversiones temporales de «vanguardia» rancia? ¿No comprende que un personaje de novela debe definirse por lo que él hace o dice y no por lo que con él hace y de él dice su creador? ¿No comprende que la verdadera ambigüedad no se consigue sumando contradicciones, creando falsos misterios, postulando la incomprendibilidad última de lo que es fácilmente comprensible? ¿No comprende que la novela exige un tratamiento verbal distinto que el cuento, que el estilo de Borges es el peor modelo para escribir novelas, que en una novela todo lo que no es verbalmente funcional constituye un estorbo? ¿No comprende, en fin, que el pensamiento sobre la vida y los hombres debe ser veraz y no falsamente «poético» —quiero decir que debe atender a sacar a luz lo que está oscuro y no a camuflar con tinieblas espurias lo evidente?

A mi parecer, *El invierno en Lisboa* es un libro de escritor, de intelectual, no de novelista. Un libro fruto de una concepción errónea del género novelesco, con mucho predicamento, de siempre, entre las capas «cultas» de cualquier tiempo y país. Hablo de esa concepción de la literatura que en el siglo XIX hacía rechazar las novelas de Stendhal, Dostoyevsky, Balzac y Tolstoy porque éstos escribían mal (!).

Hablo de esa concepción de la literatura que hace tener por una cumbre de la novela, por el no va más del género novelesco, el *Ulises*, de Joyce, y considerar que *El hombre de la rosa* (ese *best-seller* para intelectuales) tiene la misma entidad que *Doctor Faustus*, de Mann, o que *Cien años de soledad* es una obra maestra —pienso que, afortunadamente, esto último ya sólo lo creen los estóridos miembros de la Academia Nobel, los periodistas, los lectores de Harold Robbins y algún psicoanalista argentino.

A diferencia de tantos que, cómicamente, practican el «estilismo» sin saber escribir correctamente o sin poseer instinto verbal del castellano, Antonio Muñoz Molina escribe muy bien, aunque todavía no haya alcanzado el dominio de la lengua a que puede aspirar: se sirve en ocasiones de palabras poco precisas, aproximativas; incurre en leves descuidos sintácticos; su uso de las preposiciones no es absolutamente seguro.

¿Llegará a ser un buen novelista o se contentará con seguir escribiendo libros de éxito entre intelectuales? A juzgar por *El invierno en Lisboa* y por unas declaraciones suyas recientes a este mismo periódico, lo segundo es más probable: parece estar convencido de que se encuentra en el recto camino para escribir novelas de importancia, y, como Eco, hace muy bien ese tipo de libro que los intermediarios culturales al uso estiman por encima de todo.

Leopoldo AZANCOT

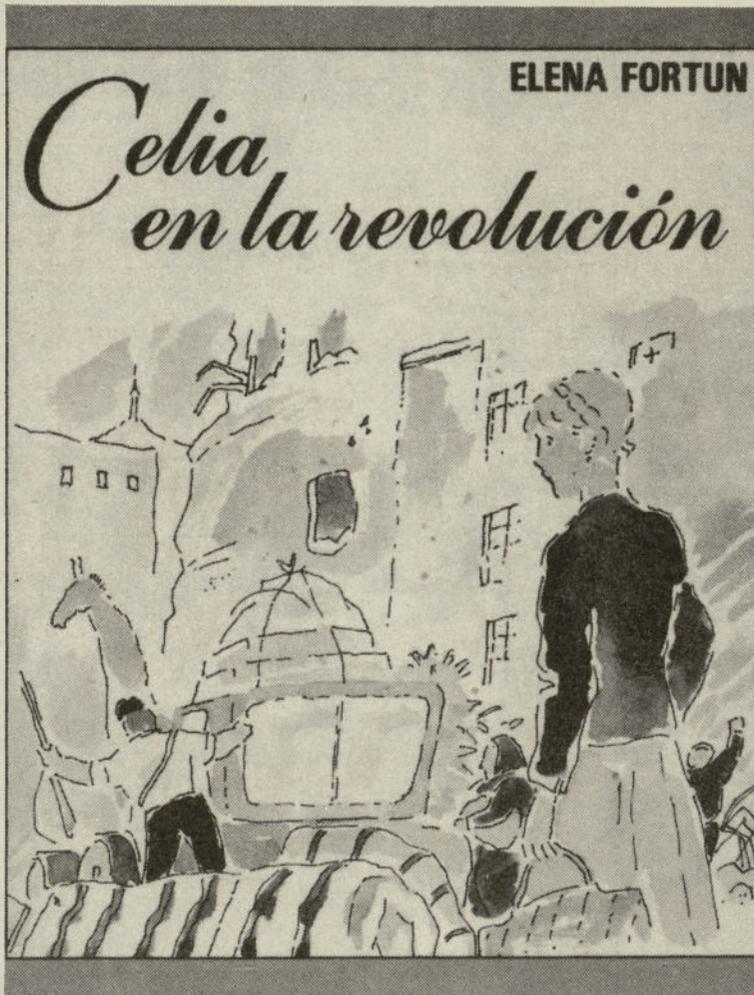
«Celia en la revolución» cierra la serie de la heroína de Elena Fortún

YA

Madrid / Araceli Caballero

Cuando se acaba de cumplir el primer centenario del nacimiento de **Elena Fortún**, regresa su heroína más famosa, *Celia*, compañera de infancia de varias generaciones con un libro que puede considerarse un documento de la vida cotidiana durante la guerra civil española. Ayer se presentó en la Biblioteca Nacional de Madrid «*Celia en la revolución*», hasta ahora inédito, cuyo borrador, terminado por la autora el 13 de julio de 1943 en el exilio, ha sido recuperado y transcrito por **Marisol Dorao** y publicado por Aguilar, la misma editorial que en 1929 publicaba el primer volumen de la serie, «*Celia: lo que dice*». Se llena así el hueco que se adivinaba entre «*Celia, madrecita*» y el último de la serie, «*Celia, institutriz*», en el que la familia se ha trasladado a América, sin que medien explicaciones para el lector.

Esta niña de siete años, boca grande y cabello «*de ese rubio tostado que con los años va oscureciéndose*», vio la luz por primera vez en las páginas de *Blanco y Negro* a finales de los años veinte, en una sección fija llamada «*Celia dice...*». Su autora, **Encarnación Aragoneses Urquijo** —verdadero nombre de **Elena Fortún**—, había sido convencida por **María Martínez Sierra** para que contara por escrito las cosas divertidas y curiosas que solía relatar. Aunque primero firma con diversos pseudónimos, finalmente se decide por el que la haría famosa, tomado de «*Los cuatro mil años de Elena Fortún*», una novela de su marido, el escritor **Eusebio Gorbea**. Según **Monse-**



En «*Celia en la revolución*», Elena Fortún narra su propia vivencia de la guerra.

rrat Sarto (YA, 2-4-86), los libros de **Elena Fortún** introducen una novedad decisiva en la literatura infantil, que viene a suponer el final del autoritarismo. Mientras en la literatura anterior, «*el mundo de los mayores tenía siempre razón, porque todo estaba conside-*

punto de vista de los mayores», *Celia* inaugura un tiempo en el que «*el mundo de los niños tiene su sentido, que no coincide con el de los mayores*». «*Ahora* —continúa **Monserat Sarto**— *el lector tiene dos puntos de vista: el del mayor y el del niño*», el que a me-

nudo «*queda ridiculizado y aparece como un ser injusto y autoritario, despótico y hasta absurdo*».

Precisamente este inusual punto de vista fue causa remota de la publicación del libro que ayer se presentó. «*Creo que mi interés por Elena Fortún empezó con mi entrada en el mundo* —explica **Marisol Dorao**—, *porque no recuerdo cuándo leí el primer libro de "Celia", pero, desde la perspectiva del estudio, fue cuando hacía mi tesis doctoral sobre una escritora inglesa posvictoriana. Me di cuenta de que escribía como Elena Fortún en dos aspectos: defender al niño en un mundo de adultos hostil, y el estilo coloquial. Busqué estudios sobre ella y vi que no había casi nada*».

Con motivo de un viaje a Estados Unidos —para presentar en un congreso un estudio paralelo entre ambas escritoras— buscó a la nuera de **Elena Fortún**, quien no sólo le habló de ella, sino que «*cuando vio que todo lo que me contaba lo escribía, me dijo que no era necesario, porque me iba a entregar todos los papeles que conservaba de su suegra. Y allí estaba "Celia en la revolución", escrita a lápiz sobre cuartillas amarillentas*».

Junto a este borrador, cuentos infantiles, teatro para niños e historias de animales, a modo de fábulas, «*amenas para los niños y deliciosas para los adultos*», además de artículos publicados en la prensa argentina, muchos de ellos sobre personajes históricos femeninos. Actualmente estos papeles están en poder de la editorial Aguilar para estudiar su publicación.

Feria del Libro

Guía práctica para jóvenes lectores



Marguerite Yourcenar

Las vacaciones de verano se perfilan ya próximas como tiempo propicio para la lectura. Los editores se apresuran, por tanto, a lanzar sus novedades aprovechando la Feria del Libro. Entre ellas citaremos algunas de las más interesantes. Combinar humor y fantasía suele dar como resultado una suerte de despropósitos y una enredada madeja de disparates. Dentro de este género, podríamos incluir «La isla menguante», de **Pilar Mateos**, en Edic. S. M., una parodia sobre la vida familiar de un pirata simplón con ínfulas de héroe.

También en este apartado entrará «El misterio de Buster Keaton», de **Miquel Obiols**, publicado en Espasa-Calpe y que incluye varios cuentos donde se juega con las palabras, con las ideas y con el espacio. **Ramón García Domínguez** aprovecha los personajes del mundo de los «cómic» para hilvanar una novela donde un superhombre, «Soliman», es capaz de alcanzar lo que no pueden los superhéroes tradicionales. Está publicado en Escuela Española.

Una abuela divertida se lanza a vivir extraordinarias peripecias y protagoniza tres obras bajo el

título de «La superabuela». Su autor es el inglés **Forrest Wilson** y la editorial que lanza ésta y otras series es Aliorna. Muy buena presentación y cuidado en la edición. Igual que sucede con otra colección nueva, «El duende verde», de Ediciones Generales Anaya, dedicada a escritores españoles y de la que **Juan Antonio del Cañizo** publica «Oposiciones a bruja y otros cuentos», diversos relatos encabezados por el que da título a la obra y que facilitan la receta para convertirse en tan conocido y fantástico personaje. **Edy Lima** es brasileña, y también con humor relata las historias de una vaca a través de diversas obras, la primera de ellas con el título «La vaca en la selva» (Editorial Juventud) que incluye también a un niño que vive con dos tías gemelas, una alquimista y otra cocinera.

✱ Diversos tipos de realismo

Novedad «de lujo» es la de Editorial Aguilar, «Celia en la revolución», a quien podríamos titular como «el manuscrito encontrado en Nueva York», ya que gracias a las gestiones realizadas cerca de la nuera de **Elena Fortún**, allí residente, se ha podido publicar como homenaje dentro de su centenario. La obra tiene como escenario la guerra civil española y está escrita en 1943. La ha ilustrado **Asun Balzola**.

Hace algunos años se publicó en España «Sudako quiere vivir», del alemán **Karl Bruckner**, una novela traducida a veinte idiomas que cuenta la vida de una superviviente de la bomba de Hiroshima que diez años más tarde cae enferma víctima de las radiaciones. Interesante obra y

un acierto que Editorial Noguer la haya reeditado. En una línea más contemporánea y dentro de un realismo crudo y descarnado, Editorial Loguez publica «La imbecil», de **Mercé Company**, cuatro historias protagonizadas por adolescentes que se ven inmersos en unas circunstancias familiares y sociales difíciles y sin horizontes esperanzadores. Tampoco lo tienen fácil María y Andrés, los protagonistas de la última novela de **Juan Farias**, en Editorial Miñón, «El niño que vino con el viento», en la que se habla de amores, de hijos y de leyes difíciles de entender y cumplir. Sin embargo, hay final feliz y lirismo en la escritura.

A través de un protagonista de trece años, **Jorge Ferrer Vidal** trata de darnos una visión de las preocupaciones que acosan a dos niños, «Ramoncete y la Gorda», en su vida familiar y escolar. Está publicado en la colección «Tus libros», de Ediciones Generales Anaya. Y una prolífica escritora austriaca, **Christina Nöstlinger**, siempre incisiva, directa, en vanguardia, a quien también preocupan las relaciones de los jóvenes con sus familiares. Su última novela, «Antol y Desiree», está en Espasa-Calpe, colección «Austral Juvenil».

El retorno al mundo de la aventura

«El viaje prodigioso de Ferrán Piñol» (I Europa) es la primera entrega de una obra publicada anteriormente por **Robert Saladrigas** en un solo volumen. El protagonista es un niño que ha merecido el premio de dar la vuelta al mundo, y a través de su viaje acerca al lector las pe-



R. Saladrigas

culiaridades de los países por los que pasa. Las circunstancias y los acontecimientos que le suceden son propios de la ficción infantil. Está publicada en Alfabeta. También son aventuras, pero esta vez de piratas (un género que está de moda, quizá por la película de Polanski), las que suceden en «El juego del pirata» (premio Lazarillo 1986), que edita Noguer. Su autor, **Fernando Martínez Gil**, retoma el género que nutrió sus lecturas juveniles para componer un relato con aportación de datos y situaciones que preocupan a los hombres de nuestro tiempo. También es premio «El corazón del pirata», pero esta vez en Alemania, al Mejor Libro Juvenil 1986, una obra de **Benno Pludra** que publica Editorial La Galería y en la que no son propiamente las aventuras del legendario personaje las que discurren, sino las de una niña que un día, en una playa, encuentra una piedra caliente: es el corazón del pirata que se ahogó en los alcantilados.

Federica de Cesco es una mujer que vivió muchos años en Japón porque sus padres eran

LIBROS

LA VERDADERA CELIA

CECILIA Gálvez Montabán, *Celia*, ha sido, desde su nacimiento como personaje en 1928, una referencia obligada para las niñas y jóvenes de muchas generaciones. La reciente publicación de un texto inédito, *Celia en la revolución*, ha conllevado, sin embargo, toda una serie de impresiones informativas acerca de la historia real de su autora: **Elena Fortún**. Se ha dicho, por ejemplo, que murió exiliada en Argentina o que éste fue el último de sus escritos. Pese a los estudios de **Carmen Bravo-Villasante**, **Jaime García Padrino**, **Manuel F. García** o **Marisol Dorao**, afortunada descubridora de ese manuscrito y responsable de su reconstrucción, la leyenda ha vuelto a primar sobre la realidad de **Encarnación Aragoneses Urquijo**, la verdadera **Elena Fortún** y, en realidad, la verdadera *Celia*.



Encarnación Aragoneses nació el 17 de noviembre de 1886 y estudió Filosofía y Letras, lo que no deja de ser ya algo sorprendente para aquella época. Casada a los 20 años con **Eusebio Gorbea**, cinco años mayor que ella, supeditó durante un tiempo inquietudes intelectuales a sus papeles como esposa (la carrera militar de su marido les obligaba a continuos cambios de destino) y como madre (tuvieron dos hijos: **Luis**, y otro más pequeño, al que cariñosamente llamaban *Bolita*, que moriría a los 10 años en un accidente).

Lo sorprendente de *Celia*, como luego de *Cuchifritín*, *Matonkiki*, *Mila* y todos los personajes de su universo literario, es el cambio de actitud que introduce en nuestra literatura con respecto al comportamiento infantil. Como en el caso de **Antoniorrobes** o **Barতোলোজی**, **Elena Fortún** rompe con una tradición excesivamente moralizante e introduce nuevos juicios de valor.

Un carácter alegre y extrovertido

Don **Eusebio** era un hombre taciturno y depresivo, que intentaba casar el ejercicio de su profesión con su vocación literaria, fruto de la cual serían novelas y comedias teatrales, y que habría de valerle incluso el Premio Fastenrath de la Academia en 1929. **Encarnación**, por el contrario, tenía un carácter alegre y extrovertido: frecuentaba tertulias y conferencias literarias, perfeccionaba su conocimiento del francés y del inglés y se interesaba por cuestiones de biblioteconomía.

Fue, al parecer, una amiga, **María Martínez Sierra**, quien la instó a escribir, desdeñando la minusvaloración que de su capacidad como narradora hacía y, en parte, desafiando los posi-



bles conflictos de competencia profesional con su esposo. De esa forma, y un poco a escondidas de éste, comienza su carrera literaria en 1928, recurriendo a diversos seudónimos. De hecho, la primera entrega de *Celia dice...* en *Gente Menuda*, suplemento infantil de *Blanco y Negro*, aparece firmada por *doña Quimera*, aunque un poco después adopte ya el que será su habitual seudónimo, **Elena Fortún**, extraído del título de una novela histórica de su marido.

Tras una difícil estancia en París, donde la pareja se reúne, y otra corta estancia en Suiza, donde su hijo mayor vive con su esposa y sus suegros, los **Gorbea** viajan a Buenos Aires, en donde les esperan años no menos difíciles. A don **Eusebio**, porque las pocas expectativas profesionales le acentúan su carácter depresivo. A **Encarnación**, porque a sus añoranzas de España se suma una larga enfermedad y un trabajo gris en el Registro Civil y en una biblioteca pública que dirige un tal **Jorge Luis Borges**. Fruto de ese periodo será *Celia, institutriz*, ambientada en Buenos Aires, en donde el padre de *Celia* es fiel reflejo, como de costumbre,

La peripecia de la guerra

La difusión y el éxito que su obra alcanza desde el momento en que Editorial Aguilar, en 1929, empieza a publicar las aventuras de *Celia* en libro, pone en entredicho los parámetros entonces al uso de la literatura infantil tradicional.

Tras publicar *Celia, madrecita*, cuya historia se detiene un 17 de julio de 1936, ella y su esposo, ya **teniente coronel**, se ven desbordados por el estallido de la guerra. El horror de la contienda, que relataría con objetividad en el recuperado *Celia en la revolución*, finalizado en 1943, se prolonga en el exi-



del estado de ánimo del marido de la escritora.

La crisis personal de aquellas fechas consigue superarla merced a su amistad con la escritora **Inés Field**, una relación con la que el cristianismo de **Elena Fortún** sale reforzado y que la llevará a contar la primera comunión de *Celia*, donde, no casualmente, es pieza clave una tal sor *Inés*.

Paulatinamente le llega a ella, no así a su esposo, el reconocimiento argentino y el cariño de algunos españoles que desean su regreso —entre ellos, el editor **Manuel Aguilar**—. Es así como, en 1948, **Elena Fortún** regresa sola a España, donde continúa con nuevos bríos sus narraciones y asiste con interés a un ciclo de conferencias de **Ortega y Gasset**. Su esposo, que ha quedado un poco a la expectativa en Buenos Aires, se suicida y esa noticia golpea dolorosamente a la escritora, que intenta enseguida traer su cuerpo para darle sepultura en el cementerio de Ortigosa del Monte, un pueblecito segoviano en el que ha decidido instalarse.

Mientras crecen los inconvenientes para encontrar una tumba para su marido, ya sea en Ortigosa o en Segovia, su hijo y su nuera la animan a vivir con ellos en Estados Unidos, donde acaban de adquirir una casa. En medio de ese desasosiego, **Elena Fortún** regresa a Buenos Aires en abril de 1949, donde no halla una mínima paz al encontrarse, entre otros problemas, con que en su ausencia ha perdido la casa que tenía con su marido.

En noviembre de 1949 marcha a Estados Unidos. La primera idea es vivir con su hijo medio año y otro medio año en España, pero el ambiente que encuentra no acaba de proporcionarle la paz que busca y en mayo de 1950 se instalará en España definitivamente. Hasta su muerte, en Madrid, un 8 de mayo de 1952.

Cinco años después, y por suscripción popular, se le erige un monumento en el Parque del Oeste, uno de los rincones preferidos, junto al Retiro y la Moncloa, de ese Madrid que amó y retrató, ese Madrid del que escribió en 1935: «Es una ciudad grande, con muchas casas, todas en hilera, y de calles de piedras apretadas unas contra otras para no dejar salir la hierba, aunque sea mayo». ■

FELIPE HERNANDEZ CAVA

CATALOGO

■ **UNA PEQUEÑA JOYA.** **Irene Némirovsky** (1903-1942) es una escritora poco conocida en España. Entre lo que escribió en sus menos de cuarenta años de vida hay alguna pequeña obra maestra, como esta *El baile*. Todos los sueños, impotencias e ilusiones de la adolescencia están aquí perfectamente reflejados, junto con una radiografía cruel y llena de humor del comportamiento de unos nuevos ricos. Con un lenguaje intenso, muy bien recreado en la traducción de **Magdalena Guilló**, la **Némirovsky** consigue conmovir y divertir al lector.

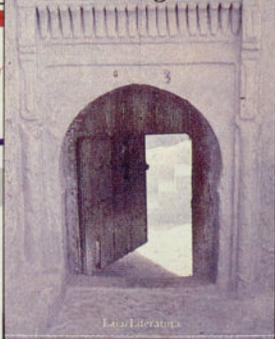
■ Ed. Muchnik. 138 páginas.



■ **FILOSOFIA ESPAÑOLA.** **Angel Amor Ruibal, Eugenio D'Ors, Ortega y Gasset, García Morente, Xavier Zubiri y Antonio Millán-Puelles** son los seis filósofos españoles contemporáneos a los que **Gonzalo Fernández de la Mora** dedica su último libro. *Filósofos españoles del siglo XX* es un denso análisis de la obra de estos pensadores, y un intento de valorar la aportación española a la filosofía contemporánea. Un libro necesario para todo el que quiera conocer buena parte de nuestro patrimonio intelectual, la que representan estos seis independientes y solitarios pensadores.

■ Ed. Planeta. 222 páginas.

El desierto de los ojos
Francisco J. Satué



■ **LA NARRATIVA MAS JOVEN.** Periodista especializado en temas culturales, **Francisco J. Satué** es también un joven y precoz novelista. A los 22 años publicó su primera novela, y con *El desierto de los ojos* —tercera de las suyas— demuestra un admirable dominio del lenguaje que lo sitúa entre los más interesantes de los narradores jóvenes. Las palabras y las sensaciones que generan son los verdaderos protagonistas de *El desierto de los ojos*. El origen y el destino de los personajes quedan en ocasiones envueltos en una sugestiva penumbra. La capacidad evocadora y el seguro lenguaje atrapan al lector.

■ Ed. Laia. 240 páginas.

■ **CLASICOS.** Los clásicos lo son porque, siglos después de haber sido escritos, conservan intactas su verdad y su capacidad de seducción. En ese sentido, clásico es sinónimo de vivo y actual. Las obras inmortales de la literatura son un caudal inagotable, del que el trabajo de los estudiosos siempre extrae nuevos matices y posibilidades. En la labor de profundizar en esas obras y acercarlas a los lectores en rigurosos estudios críticos, la editorial Cátedra tiene un bien ganado prestigio. Dos de sus volúmenes más recientes son *Macbeth*, edición bilingüe dirigida por **Manuel Angel Conejero**, y *El lazarillo de Tormes* que ha realizado **Francisco Rico**. Las dos son penetrantes acercamientos a las obras, al contexto en que surgieron y al tratamiento de que fueron objeto de la crítica.

■ Cátedra. 344 y 192 páginas.

LIBROS MAS VENDIDOS

FICCION		
1. Néstor Luján	Decidnos, ¿quién mató al conde?	Plaza y Janés
2. Patrick Süskind	El perfume	Seix Barral
3. Manuel Vicent	Balada de Cain	Destino
4. Terenci Moix	No digas que fue un sueño	Planeta
5. G. Torrente Ballester	Yo no soy yo, evidentemente	Plaza y Janés
6. Milan Kundera	El libro de los amores ridiculos	Tusquets
7. F. Vizcaino Casas	Zona roja	Planeta
8. Patrick Süskind	La paloma	Seix Barral
9. Alfredo Conde	El grifón	Alfaguara
10. Luis Mateo Díez	Lafuente de la edad	Alfaguara
PENSAMIENTO		
1. J. A. Vallejo-Nágera	Ante la depresión	Planeta
2. J. J. Benitez	Caballo de Troya (2)	Planeta
3. Ricardo de la Cierva	La derecha sin remedio	Plaza y Janés
4. Günter Wallraff	Cabeza de turco	Anagrama
5. Carlos Fisas	Historias de la Historia	Planeta
6. Eduardo Punset	La España impertinente	Espasa-Calpe
7. Luciano de Crescenzo	Historia de la filosofía griega (2)	Seix Barral
8. Julián Marías	Ser español	Planeta
9. Gonzalo Fdez. de la Mora	Los errores del cambio	Plaza y Janés
10. Carmen Martín Gaité	Usos amorosos de la posguerra española	Anagrama
□ Librerías consultadas: Madrid: Aguilar, Manzano, VIPS, Antonio Machado. Barcelona: Hogar del Libro, Proa, Catalonia. Zaragoza: General. Valladolid: Lara, Miñón. Quenca: Evangelio. Burgos: Mainel. Albacete: Herso. Valencia: El Corte Inglés. Castellón: Armengot. Sevilla: Sanz, Pascual Lázaro. Granada: Continental. Cádiz: Mignon. Lugo: Cabado. Pontevedra: Indalecio Vifias. La Coruña: Arenas. Oviedo: Gema-Benedet. Logroño: Santos Ochoa. Vitoria: Universal. Huesca: La casa de las novelas. San Sebastián: Internacional. Bilbao: Villar. Avila: Medrano.		

El MAM de Barcelona edita el catálogo de sus fondos

Barcelona. Adela Farré

Las casi tres mil obras que integran el fondo del Museo de Arte Moderno (MAM) de Barcelona han sido recogidas en el «Catálogo de pintura, siglos XIX y XX», que se presentó ayer en la sede del museo. El catálogo cuida la reproducción fotográfica, ficha técnica, procedencia y bibliografía relativa a cada uno de los cuadros y reúne la totalidad de la obra pictórica que posee actualmente el Museo de Arte Moderno (un total de 2.954 piezas entre óleos, dibujos, *guaches* y técnicas mixtas, incluyendo aquellas obras que cuelgan en diversas dependencias municipales. Es la primera compilación de este carácter que se edita desde 1926. El fondo de arte moderno municipal se inventarió por primera vez en 1906, contándose entonces con doscientas noventa y cuatro pinturas y tres esculturas. El catálogo de 1926 agrupaba ochocientas cincuenta y dos pinturas, pero del mismo están ausentes, obviamente, muchas de las más importantes obras del MAM adquiridas y donadas con posterioridad.

El traslado de estos fondos artísticos al Palacio Nacional de Montjuic (actualmente en proceso de remodelación para convertirlo en el Museo Nacional de Arte de Cataluña) confiere especial importancia a la edición de este catálogo exhaustivo, en opinión de Cristina Mendoza, directora del Museo de Arte Moderno desde 1981. «El ciudadano podrá llevarse el museo a casa», dijo la directora, quien señaló además que la elaboración del catálogo ha servido para revisar los fondos y «corregir errores de atribución, así como determinar la autoría de obras consideradas anónimas hasta ahora».

Hoy se inaugura la exposición «Siete visiones siete»

Sevilla. S. C.

Bajo el título de «Siete visiones siete», será inaugurada hoy lunes, a las ocho de la tarde, en la sala de exposiciones del Rectorado de la Universidad de Sevilla, una exposición en la que están presentes Francisco José Rodero, Javier Pascual, Antonio Gómez, Manuel Litrán, Blanca Cuevas, Agustín Infante y Rafael Méndez. La muestra está organizada por la Universidad de Sevilla mediante su Vicerrectorado de Extensión Universitaria.

Convocatoria del Premio «A B C de Sevilla»

El diario A B C de Sevilla, para rendir homenaje y recuerdo permanente al 12 de octubre, Día de la Raza, y conmemorando la fecha de ese mismo día del año 1929, en que apareció por primera vez este periódico, convoca el premio «A B C de Sevilla» para artículos con firma o seudónimo habitual publicados entre el 1 de junio de 1986 y el 1 de junio de 1987, ambos inclusive, en idioma español y en periódicos nacionales o extranjeros y cuyo contenido se refiera al concepto de Hispanidad o al Descubrimiento de América, tanto en sus aspectos históricos y culturales como en lo que atañe a las conmemoraciones del V Centenario, valorándose especialmente aquellos trabajos que pongan de relieve cualesquiera de los aspectos de la Exposición Universal de Sevilla de 1992. El premio, dotado con 250.000 pesetas, no será dividido ni podrá declararse desierto.

Un jurado, cuya composición no se hará pública hasta después del fallo, procederá al examen y calificación de los trabajos remitidos, atendiendo a su calidad periodística y literaria, además de la oportunidad

del tema y a su tratamiento. Su fallo será inapelable.

Los trabajos —uno o dos por autor— se enviarán al director de A B C de Sevilla (Cardenal llundáin, 9, 41013 Sevilla) hasta el 31 de julio de 1987, recortados y pegados en hojas de 27 centímetros de largo por 21 de ancho. De cada trabajo se incluirán siete ejemplares o un ejemplar (recortado como queda dicho) acompañado de seis copias.

Todos los concursantes deberán unir a los trabajos presentados una hoja en la que conste el domicilio del autor y el título y fecha del periódico donde hubiera aparecido.

Como requisito de la concesión del premio, A B C de Sevilla exige y se reserva el derecho de reproducir el trabajo premiado. El autor a quien se adjudique el premio justificará debidamente su personalidad si A B C de Sevilla lo considera necesario. Si el premio favoreciese a un autor fallecido, A B C de Sevilla entregará las 250.000 pesetas libremente, y sin intervención judicial alguna, a las personas de su familia que considere con mejor derecho.

En julio se celebrará en Salamanca una reunión de la Asociación de Profesores para Extranjeros

Sevilla. S. C.

La Asociación Española de Profesores de Lengua y Cultura Españolas para Extranjeros, Aepeex, celebrará en el mes de julio una reunión en Salamanca para decidir su nombre definitivo y acordar sus estatutos. La reunión tendrá lugar el día 6 de julio en el Colegio Calasanz de Salamanca y a ella podrán asistir todas las personas interesadas en el desarrollo de la citada entidad. El orden del día se desarrollará conforme al siguiente programa: decidir el nombre definitivo de la Asociación, elección de la junta directiva, acordar los estatutos y fines de la entidad, y fijar un programa provisional de actividades para 1987 y 1988.

«Celia en la revolución», libro póstumo de Elena Fortún, da lugar a un nuevo premio literario

Madrid. Efe

Un nuevo premio literario fue convocado en Madrid durante la presentación del libro póstumo de Elena Fortún «Celia en la revolución». El libro, hasta hoy desconocido, permanecía en manuscrito hasta que, recientemente, Marisol Dorao, experta en literatura inglesa, lo encontró en Nueva York. Fragmentos del libro han tenido que ser laboriosamente interpretados hasta completar el texto que ahora edita Aguilar retornando al viejo formato de los libros de «Celia» conocidos.

La escritora narra aquí, a través de la mirada de su joven heroína, la Guerra Civil española

La gran noticia!

Para ir más arriba,
buscando más amplitud, mas confort,
más prestigio. Para disfrutar, en silencio,
la ventaja del poder y la seguridad.

ADMIRELO EN

TRASUR

Concesionario
NISSAN

Págés del Corro, 137 - 41010 SEVILLA TLF.: 27 36 18

LE PRESENTAMOS EL
BLUEBIRD

NISSAN



LECTURA

La celebración del centenario del nacimiento de la escritora Elena Fortún ha coincidido con el hallazgo de un manuscrito de 1943 que se creía perdido, *Celia en la revolución*.

Es el último libro que faltaba en la colección de *Celia* que Encarna Aragonés, pues éste era el verdadero nombre de Elena Fortún, publicó en la editorial Aguilar y que leyeron

con fruición las niñas, y menos niñas, españolas de antes y después de la guerra civil. El texto que sigue es la reflexión que sobre *Celia* y su autora, muerta en el exilio en Ar-

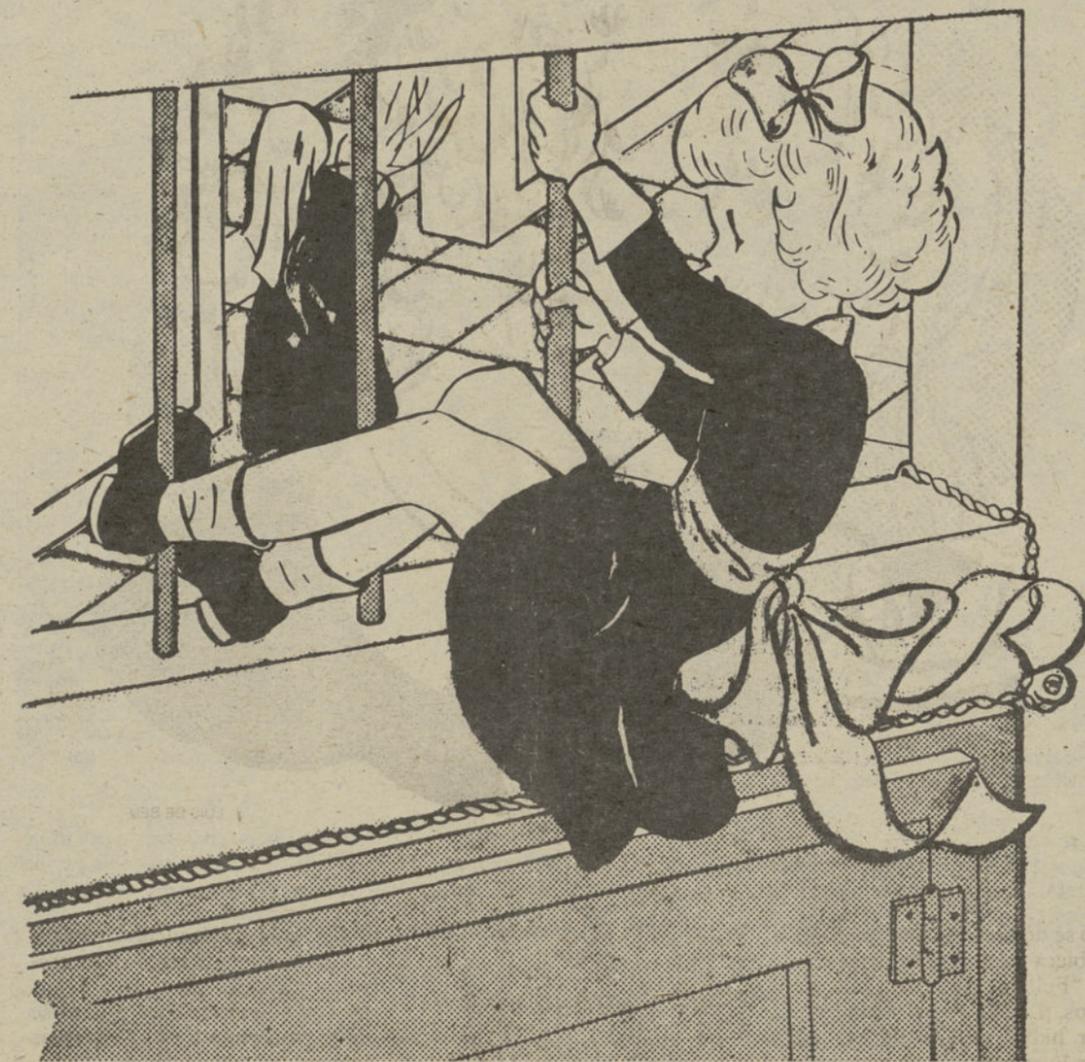
gentina, se hizo la escritora Carmen Martín Gaité en la reciente presentación del libro que cierra un ciclo de literatura juvenil española y una forma de entender esta literatura.

Celia y yo somos más o menos de la misma edad, aunque nunca conseguí que me dijera en qué mes ni en qué año había nacido, y eso que llegamos a ser las mejores amigas del mundo. Tal vez fuera esa única reserva la que nunca pudo levantar para no renegar del todo de su condición de heroína de papel, a la que se veía obligada a guardar una mínima fidelidad. Pero yo decidí que había nacido un 8 de diciembre, como yo, a la misma hora y el mismo año. Y no me lo desmintió nadie. Creo que nunca he tenido una amiga como ella.

Primero conocí a su hermano Cuchifritín, al que no intenté menospreciar ni en gracia ni en inteligencia. Pero, aunque me cayó muy bien y me hizo reír mucho, ahora, al cabo de los años, tengo que reconocer que la gran deuda de gratitud que me une a él se basa en que desde el primer momento encendió en mí el deseo ardiente de que me presentara a su hermana. Lo primero porque él era más pequeño, y luego porque la mención a Celia adquiría en sus labios unas resonancias absolutamente prometedoras y adelantaba —como una premonición— un acontecimiento, el de mi encuentro con Celia, que no me podía defraudar.

Ya aludía a ella en el mismo título sobre esta familia que cayó en mis manos y que se titulaba *Cuchifritín, el hermano de Celia*, donde el pequeño de los Gálvez, dibujado por Serny, sonreía sobre un fondo amarillo agarrado a un caballo de cartón. O sea, que antes de nada me entró por los ojos, unido al nombre de su hermana, quien me había de introducir en un mundo donde los niños tienen voz y voto y luchan por su derecho al comentario y a la crítica de cuanto se produce en su entorno.

Tendría yo unos ocho años, no apunté la fecha porque por entonces no hacía yo diario, pero es uno de los recuerdos de infancia más nítidos que conservo. Eran los últimos tiempos de la República y vivía con mis padres en Salamanca. Una tarde mi padre vino de su despacho diciendo que nos iba a visitar una señora de Madrid, hija de un importante abogado en cuyo bufete había trabajado él cuando acabó sus estudios de Derecho y al que le debía todo lo que era. Se preparó una comida de postín para esta



LUIS DE BEN

El crecimiento de Celia

CARMEN MARTÍN GAITE

señora y todos en la casa la esperábamos como se espera una visita diferente de las habituales. Se llamaba la señora García Prieto y tenía la desenvoltura elegante y sencilla que por aquellas fechas yo atribuía a todo lo que llegaba a provincias desde Madrid.

Dos regalos

Mi hermana y yo comimos a la mesa, y lo que más nos llamó la atención es que aquella señora

no se limitó a hacernos una caricia en el pelo y a decirnos que qué monas éramos, como hacían todas las visitas, sino que habló tanto con nosotras como con las personas mayores, y en el mismo tono. Nos traía dos regalos: uno era una máquina Kodak pequeña de fotos, otro el libro de Cuchifritín. Es decir, que la posibilidad de captar por mí misma imágenes vivas y archivarlas para el futuro coincide cronológicamente en mi biografía infantil con el primer contacto entablado con unos niños que, por primera vez, iban

a depararme el incomparable placer de la identificación apasionada. Y esto siempre me ha parecido una coincidencia simbólica, unida en mi memoria a los comentarios sobre literatura infantil de aquella señora tan dulce y moderna y a la luz que entraba desde la plaza de los Bandos, a través del mirador, para iluminar los muebles, mientras se celebraba aquella comida en que a los niños se nos daba pie para conversar sobre temas que nos interesaban a todos por igual.

Quién era Celia

En eso, precisamente, consistía la eficacia literaria de aquellos personajes creados por Elena Fortún, según pude darme cuenta a partir de entonces, a medida que nuestra biblioteca se iba enriqueciendo con los sucesivos tomos de esta historia inagotable y que siempre dejaba abierta la sed por que se prolongara. En que eran niños de verdad y en que la identificación que nos proponían no se instalaba en el ámbito de la quimera, como podía ocurrir en otros cuentos que nos hablaban de aventuras maravillosas pero irrealizables. La conducta de los héroes de ficción que nos brindaban los cuentos de hadas no interfería el ámbito de lo cotidiano, se desarrollaba en la lejanía. Era algo que no nos estaba pasando de verdad a nosotros. No nos amenazaba un dragón de ojos de fuego ni nos veíamos obligados a vadear un río helado en pleno invierno. Participábamos de la historia al abrigo de sus zarpazos, como desde una especie de grato escondite. Se trataba, soportándolo sin demasiada angustia, de disfrutar de la sensación de amenaza que latía en la aventura ajena.

No era éste el caso de ahora. Celia no era la hija de ningún rey



KAISER

TE DA FUEGO

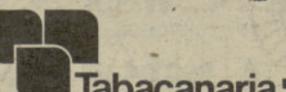
ENVIA 10 ESCUDOS Y RECIBIRÁS UN MECHERO GRATIS!

Envía 10 escudos de las solapas de KAISER al Apartado 5.012 de Madrid y recibirás un mechero como éste. Todos los sobres, participarán en el sorteo notarial de un FIAT UNO, el 7 de Septiembre de 1987. Y si sólo quieres participar en el sorteo del coche, con enviar una es suficiente.



KAISER
Elegancia en negro.





Tabacanaria

fabuloso que viviera en un país lejano y en un tiempo mítico. Era una niña de la burguesía madrileña, jugaba al diábolo, cuestionaba la identidad de los Reyes Magos, veraneaba, hablaba con su gata y con sus juguetes, leía muchísimo y se extrañaba de que las personas mayores se divirtieran tan poco, prohibieran tantas cosas y dieran por buenas las explicaciones más convencionales y ramplonas acerca del sorprendente y milagroso espectáculo que a cada momento la vida ofrecía a nuestras capacidades de inventiva y reflexión. Ya en la presentación que se hace de esta niña en el primer libro, a través del cual la conocí, *Celia lo que dice*, se establecía su identidad y se exaltaba el triunfo de la razón sobre el imperio mediocre del tópico. Fue un párrafo que me aprendí como una jaculatoria.

"Celia ha cumplido siete años. La edad de la razón. Así lo dicen las personas mayores... Es seria, formal y reflexiva, razonadora. Porque, ¿de qué serviría haber alcanzado la edad de la razón si no sirviera para razonar? Así, pensando y pensando, ha entendido que, siendo los mayores tan grandes y tan ásperos, tan diferentes en todo a los niños, no pueden comprender nada de lo que los niños piensan o hacen. ¡Pero vaya usted a quitarle de la cabeza a una persona mayor que es ella la que debe mangonear! Que se quede Celilla con los ojos muy abiertos, contemplando los leños que arden en la chimenea, pues dice mamá: 'Juana, acueste usted a la niña, que se está durmiendo'. Que al coger una porcelana de la vitrina se cae y se rompe. ¡Dios mío, qué escándalo y qué regañina! Como si ella no lo sintiera más que nadie..."

Niños y mayores

"Algunas veces está triste (¡le dan tantos disgustos!) y tiene tanta pena que, aunque haya llorado mucho, los sollozos la ahogan todo el día. Entonces los mayores dicen: '¡Dios quiera que no tengas que llorar por algo más grande!'. Y enseguida: '¡Feliz edad!... ¡Qué dichosos son los niños!'. ¡Dichosos! Ellos sí que lo son, que se van a la calle cuando quieren, se acuestan cuando les parece bien, comen lo que les gusta y rompen lo que se les cae sin que nadie acuda a darles azotes".

"¡Y qué tono se dan! 'Cuando las personas mayores hablan, los niños no rechistan'. 'A los mayores no se les contradice nunca'. En la mesa: 'A comer y a callar'.



LUIS DE BEN

No sé dónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre".

"Felizmente, ella tiene siete años. ¡La edad de la razón! ¡Será por haber pasado de esa edad por lo que los mayores no comprenden las cosas más sencillas?"

Celia conservó muchos años, y yo con ella, su fe en la razón, es decir, en la levadura de palabra llana y sensata, capaz de desarticular las frases hechas con que amurallan su curiosidad las personas mayores, cuya capacidad de sorpresa y controversia se va anquilosando a medida que envejecen. Y cuando todo en torno le fallaba, recurría a los sueños, a la literatura. Ésa fue otra de las complicidades que mi amiga del alma me propuso, hasta el punto de que me atrevo a decir que fueron sus brillantes y atrevidas sugerencias las que me indicaron un camino para iniciar el cual no hacía falta ni compañía ni más equipaje que el de un cuadernito rayado: el camino de la literatura.

En el libro de *Celia novelista*, sus padres se han ido de viaje con Cuchifritín, aún bebé, y la han dejado sola en el colegio de

“
*Celia era una niña
de la burguesía
madrileña, jugaba al
diábolo, cuestionaba
la identidad de los
Reyes Magos,
veraneaba, hablaba
con su gata y con sus
juguetes, leía
muchísimo...*
”

monjas. El padre, al despedirse, le ha regalado un libro precioso con unas hojas blancas y las tapas de piel, y le ha dicho: "Para que escribas en él tus fantasías". Era verano, las otras niñas se habían ido a sus casas y ella se iba a quedar sola por tres meses. Al principio no se acostumbra a la soledad, juega a ser Caperucita y Ana, la cuñada de Barba Azul,

que se sube a la almena del castillo para ver si llegan los guerreros que han de salvar de la muerte a su hermana. Pero pronto se da cuenta de que estas fantasías inventadas por otros ni le resultan creíbles ni la alimentan, y que sería ocioso copiarlas en su cuaderno de las tapas de piel. Eso sería un ejercicio de redacción, y ella quiere convertirse en protagonista. Y reflexiona así sobre esta revolucionaria transformación que permite su acceso al reino de la literatura:

"No, no. Ésos son cuentos que están escritos en muchos libros. Yo tenía que inventarlo todo, todo, y contarlo como si fuera verdad y estuviera pasando. Sería la historia de una niña que se llamaría Celia como yo y andaría sola por el mundo. ¿Una niña como yo? No, no. Yo misma. Yo, que me iba por el mundo ahora que mis papás me habían dejado sola. Y andando, andando, me encontraba con un hada, y luego un enano, y nos íbamos a un país donde pasan todos los cuentos, y llegábamos a una isla desierta... Había que pensarlo mucho antes de empezar. Y algu-

nas tardes jugaba a ser una niña de novela, y a estar en la isla desierta, y a que una lancha venía a buscarnos".

Elena Fortún

Si alguna duda hubiera podido abrigar el lector infantil sobre la identidad real de Celia Gálvez, al llegar a este punto se le disipaba por completo. No era una niña de novela por la razón irrefutable de que confesaba estar jugando a ser una niña de novela. Mayor garantía de su existencia no se podía encontrar, como tampoco una estrategia más eficaz para que naciera en mí, la amiga del alma a quien estaba haciendo tales confidencias, el afán de emularla. Yo también había decidido ponerme a escribir, pero me hacían falta el aliento y el ejemplo de una niña de mi edad, mucho más fuertes y sobre todo mucho más útiles que el consejo de un profesor.

Aunque, desde un punto de vista literario, no sea el libro de *Celia novelista* el más interesante de la serie, el párrafo transcrito encierra una frase que sigue siendo la clave de todo empeño literario, ya se emprenda en la infancia, en la juventud o en la edad madura: "Había que pensarlo mucho antes de empezar", es decir, una labor de tiento, reflexión y paciencia. Ella me lo enseñó, y predicando además con el ejemplo. Porque en ese tiempo que media entre la decisión más o menos atropellada de escribir y el momento de poner de verdad la pluma sobre el cuaderno de tapas de piel que da cierto encogimiento estrenar, Celia juega a ser una niña de novela, es decir, dramatiza lo que luego escribirá, como en un ensayo para creérselo. ¿Cabe mayor sabiduría, un ejercicio más lúcido de la razón aconsejada por la experiencia?

Tardé muchos años en preguntarme quién sería Elena Fortún, y cuando empecé a formularme esta pregunta, ya mucho después de nuestra guerra civil, nadie me la supo contestar. Me preguntaba también, y al mismo tiempo, qué habría sido de Celia. Las últimas noticias que tuve de ella me la presentaban como una adolescente un poco triste que se ha visto obligada a crecer antes de tiempo y a arrinconar sus fantasías para atender a requerimientos más urgentes que la responsabilizan e hipotecan su tiempo. Su madre ha muerto y ha dejado en el mundo, además de Celia y Cuchifritín, a otras dos hermanitas —Teresina y María

Pasa a la página siguiente

⚡ PARKER

Creando Cultura



CIRCULO
BELLAS ARTES

EXPOSICION POEMAS AUTOGRAFOS
Sala Goya - Alcalá, 42

LECTURA

Viene de la *página anterior* Fuencisla—, de quienes Celia se tiene que ocupar ahora. A mí el crecimiento de Celia y su transformación en eventual madrecita de dos muñecas de carne y hueso me emociono como ninguna novela de amor o de desgracias me ha emocionado nunca. Pero, aunque aquella niña ya no tenía tiempo de jugar ni de charlar conmigo, pasaba la antorcha de la fantasía y del comentario a sus dos hermanas. *Celia madrecita*, el libro donde se inicia el crecimiento de Celia, termina en los umbrales mismos de la guerra civil, con estas palabras pronunciadas en la casa de Segovia donde han vivido con el abuelo durante una temporada:

—¿Qué día es mañana?

—Es 18 de julio. Ojalá vuelvas pronto, dijo el abuelo.

Y el corazón se me apretó sin saber por qué”.

No sabía el porqué de esta razonada. No sabía que lo peor le quedaba todavía por pasar. Desde el punto de vista de la coherencia sustancial del personaje, nada realmente catastrófico ha ocurrido todavía en el libro de *Celia madrecita*. El paso de la infancia a la adolescencia no se estaba realizando para aquella niña en circunstancias demasiado favorables, pero no había perdido del todo las ilusiones. Las había aplazado, y repasando el texto hoy vemos que entre estas ilusiones la más destacada era la de mantener abierta para sus hermanas la ventana del humor y de una dicha futura. Celia seguía soñando con la conciencia despierta en la posibilidad de rectificar la realidad y de oponerse a los tópicos con la fuerza de la razón.

En el libro que hoy presenta-

mos, *Celia en la revolución*, ese sueño se ha hecho añicos contra el suelo definitivamente. Y coincidiendo con el amargo reconocimiento de esa derrota, Elena Fortún se hace visible a mis ojos por primera vez.

No deja de ser curioso a este respecto el hecho de que yo no haya logrado enterarme hasta el año pasado de quién era esta escritora ni de cuáles fueron las vicisitudes reales de su vida: que no se llamaba Elena Fortún, sino Encarna Aragoneses; que había estado casada con Eusebio Gorbea, un militar republicano con veleidades literarias; que habían pasado muchas penalidades en la guerra hasta que consiguieron exiliarse a Argentina, donde su marido, de carácter más bien taciturno, acabó suicidándose, y más cosas. Pero sobre todo que ella, Encarna Aragoneses, cuando yo me enteré de estas cosas, ya no iba a poder ser mi amiga como Celia lo fue en tiempos, porque llevaba muchos años muerta, desde 1952.

Celia en la revolución, manuscrito cuyo borrador terminó la escritora en 1943 sin que nunca tuviera ocasión de revisarlo, es un testimonio espeluznante de los horrores de la guerra, a través del cual Elena Fortún plasma sus propias vivencias. Es un texto muy serio, una historia angustiosa y verídica de la que me atrevo a decir que Celia está casi totalmente excluida. Para justificar el argumento aparece nuevamente el abuelo, que enseguida será fusilado por los de un bando, mientras que el primo Gerardo lo será por los del otro; y arracimados alrededor de Celia, como entre sueños, con el perenne rumor de fondo de bombardeos, fusilamientos y casas



Elena Fortún.

“
Celia siempre soñaba
con la conciencia
despierta en la
posibilidad de rectificar
la realidad
”

desplomadas, se mueven, a manera de fantoches de un guiñol, las hermanitas pequeñas, la criada Valeriana, la reaccionaria tía Julia y el propio padre de Celia, el señor Gálvez, herido en un hospital militar de Madrid y al que ella va a llevar ropa esquivando peligros, sin acertar a encontrar las palabras que puedan consolarle.

Nadie encuentra palabras ya, ni los niños ni las personas mayores; se habla poco y solamente de asuntos relacionados con la supervivencia. La guerra, protago-

nista omnipotente del libro, no provoca en quienes la padecen más reacciones que las marcadas estrictamente por la necesidad. Y hay una mordaza perpetua impuesta por el miedo. ¿Dónde ha ido a parar aquella niña rebelde que decía: “No sé dónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre”? Pues ahí han llegado las cosas, a lo más grave, a cegar los sueños a Celia, a dejarla descarnada y sin identidad, a negarle el derecho a la palabra y a la protesta en nombre de la razón. En muy pocos pasajes del libro protesta ya de nada, simplemente se trasladada de una ciudad a otra, huye, llora, trata de ayudar a los demás a sobrevivir, pasa hambre y frío. Pero no tiene tiempo a preguntarse por nada. Y menos a soñar, ya ni en el cine se puede soñar. Y eso es el colmo. Durante su estancia en Barcelona dice:

“Por las tardes voy al cine con Lydia. Hay cine en el subsuelo, donde no se oyen las sirenas, pero se sabe que llegan los aviones porque se apaga la luz. A veces, en la pantalla aparece un avión, suena el motor, y no puedo soportarlo. ¡No, eso no! ¡En la pantalla no!”.

Mito y literatura

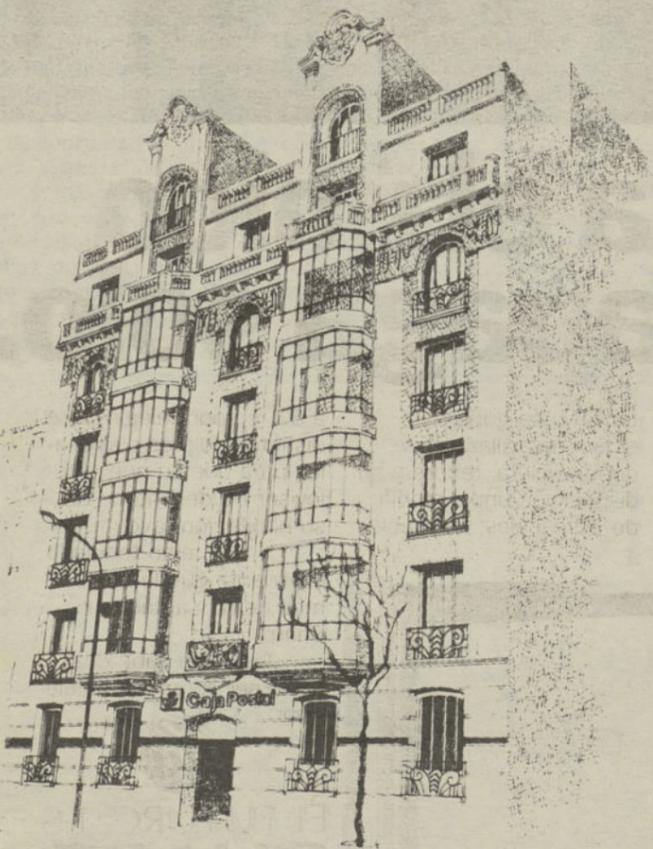
Estos conatos de protesta se hacen cada vez más escasos, se ponen en boca de una Celia en quien su propia autora ya no cree. Seguramente, a estas alturas de su peripecia personal, Elena Fortún se esforzaba en vano por ampararse en el sueño de aquella niña de papel a quien en otro tiempo ella se gozara en dar vida. La guerra ha matado a la Celia que nosotros conocíamos.

O mejor dicho, su autora, que antes se escondía celosamente detrás de ella, ahora la ha suplantado para hablar de sus propias heridas, para contar lo suyo.

Tenemos entre las manos un libro tan hermoso como escalofriante, del que quedan excluidos todos los lujos de la imaginación, el humor y la utopía, barquillas abocadas irremisiblemente a naufragar en el derrumbamiento general de una España en crisis. Testimonio en verdad inapreciable y de una gran riqueza literaria, pero que a mi manera de entender nada o muy poco tiene que ver con la saga de los Gálvez.

Al hilo de su propia odisea, Elena Fortún necesitó desahogarse escribiendo este deslumbrante manuscrito, aunque fuera a expensas de la destrucción definitiva del mito de Celia. Tal vez necesitaba sacrificar a Celia para sobrevivir ella, Elena Fortún, una de las mejores escritoras en lengua castellana, aunque decía que para ella, esposa de un ingenio atormentado y preclaro de quien hoy no queda ni memoria, escribir era como pintar abanicos; tan subterránea, mágica y tenue, que solamente salió gritando de su trastienda cuando las circunstancias la obligaron a darse a conocer en carne viva, ya a punto de consumirse la vida, cuando para no asfixiarse necesitó declarar su verdadera identidad y reconocer, como Alonso Quijano en su lecho de muerte, que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Y no estaba allí Celia, porque ella misma la había suplantado para aportarle consuelo y decirle con su dulce desparpajo sanchopancesco: “No se muera vuesa merced sin que otras armas le maten más que las de la melancolía”.

DESDE EL 15 DE JUNIO, ABRIMOS LAS PUERTAS A NUESTROS CLIENTES Y AMIGOS EN NUESTRA NUEVA SEDE DE LA CALLE DE SERRANO, 37



En este edificio quedan ubicadas:

- La Delegación de Madrid de CAJA POSTAL.
- Las Oficinas Centrales del Grupo de Sociedades de CAJA POSTAL.
- FINAMPOSTAL - Corporación Financiera Postal. S. A.
- GESPOSTAL - Sociedad Gestora de Instituciones de Inversiones Colectivas. S. A.
- FONDPOSTAL - Fondo de Inversión Mobiliaria gestionado por GESPOSTAL.
- POSTALVIDA - Aseguradora de Caja Postal. S. A. de Seguros y Reaseguros.
- ARFI - Arrendamientos Financieros Inmobiliarios. S. A.
- GESBISA - Gestora de Bienes. S. A.
- DINVER - Sociedad Gestora de Bienes de Inversión Mobiliaria. S. A.

La Caja Postal trabaja, crece y abre paso a paso nuevos caminos.

 **Caja Postal**

Con la garantía del Estado.

*Un saludo
Rafael*

FRANCISCO AYALA

Celia, en los infiernos



JUSTO BARBOZA

Cuando, hace ya no pocos meses, supe que había salido a la luz un nuevo, postrer y ya inesperado volumen de la antigua serie de relatos de Elena Fortún sobre la niña Celia, y que este volumen póstumo, *Celia en la revolución*, hacía atravesar a la tierna protagonista, ya una jovencita, por las penosas peripecias de nuestra guerra civil, tuve intención de leerlo sin demora. Pero en los propósitos humanos, aun los más factibles, interfieren con frecuencia pequeños obstáculos dilatorios, y sólo ahora, durante las calurosas pausas estivales de este año, he podido al fin evocar en sus páginas no sólo los crueles azares a que, como tantos otros inocentes seres humanos, se viera sometida esa delicada criatura de ficción hace ya más de medio siglo, a partir de un aciago 18 de julio, sino también los tiempos subsiguientes, cuando, exiliado en Buenos Aires, traté y estimé cordialmente a la autora de unos relatos que hacían las delicias de mi hija, niña ella entonces como la heroína del cuento y víctima a su vez de una odisea comparable a la que, en el recién rescatado texto, atribuye Elena Fortún a su inmarcesible Celia.

A ésta, a la figura imaginaria, la sublevación de la sorprenderá en Segovia, donde enseguida se asesinó su abuelo. Y, supongo que a causa de la identidad de ocasión y lugar, la lectura de ese primer capítulo en la nueva *Celia* me ha traído a la memoria la película titulada *La prima Angélica*, por más que tan espléndida obra cinematográfica de Saura se benefició de un distanciamiento temporal y emotivo que contrasta artísticamente con la inmediatez de las páginas manuscritas, a raíz de los trágicos acontecimientos, por mi amiga Elena (el borrador a lápiz está fechado a 13 de julio de 1943) y exhumadas ahora. En el volumen que acabo de leer, episodio con que se cierra la serie de aventuras de Celia, ésta, la niña que antes se enfrentaba con cierto asombro pero también con inteligente desenfado al mundo de sus mayores, y a quien ya en volúmenes previos la desgracia había empezado a madurar, aparece aquí prematuramente adulta por la presión de unas circunstancias que harán patética, aunque no menos enérgica, su reacción frente a ese mundo cuyo aspecto, para ella como para todos los españoles, se había vuelto de pronto tan siniestro.

Y si el inicio del relato me re-

cordó, como digo, una película notable, el contenido de las vicencias referidas en el resto de las páginas del libro —esto es, la dilatada experiencia de la guerra civil vivida por una criatura ajena, en razón de su corta edad, a los términos del conflicto— me haría pensar, quizá para contraste, en aquellas novelas de Max Aub que se proponen, en cambio, rendir testimonio de los atroces acontecimientos de la guerra civil desde diversas perspectivas, adoptando para el efecto, alternativamente, el punto de vista de muy variados personajes, a partir cada uno de su respectiva situación y actuación. Las novelas ilustradas de Max Aub nos presentan la contienda española en *conversaciones, hablada*; quiero decir, verbalizada, opinada, discutida, controvertida —incansablemente y hasta el agotamiento—

al hilo mismo de la acción, por los numerosos personajes que en ella pululan. Y quien se sintiera tentado a ver en esto un defecto por cuanto afecta al arte de novelar, considere tan sólo que es a través de las palabras que les infunden sentido como adquieren sentido y realidad las conductas humanas. Los motivos personales, los impulsos del sentimiento, las espontaneidades del carácter se articulan —o, mejor, se funden— en la práctica con razonamientos, convenciones ideológicas, justificaciones morales y toda clase de otros elementos discursivos mediante los cuales discursivos medidos hechos una dimensión trascendente. Pero no es esto lo que en la presente ocasión importa; y si lo aduzco es, según indicaba antes, para marcar el contraste con el relato de Elena Fortún, que muy de-

liberadamente coloca a su heroína en una actitud de espectadora atónita y víctima no participante frente a una conflagración bélica cuyos postulados de principio desconoce y se abstiene de juzgar —actitud del personaje imaginario que no era, por cierto, la de la autora misma en su realidad práctica—.

¿Por qué, pues, adoptaría la escritora semejante tesitura al redactar una obra que, con toda evidencia, tiene valor testimonial, que traslada al papel sus propias experiencias personales durante un conflicto dentro del cual tuvo tomada ella desde el comienzo una posición muy firme, tanto que sin vacilar —sin las vacilaciones que atribuye, en cambio, a su protagonista— emprendió el camino del exilio al llegar el momento en que, derrotada la causa de la República, no le quedaba otra alternativa sino someterse al régimen de sus enemigos? Sin duda, porque así convenía a su proyecto literario. Elena Fortún —ello es obvio— no se había propuesto escribir una obra de propaganda política; se había propuesto expresar en imágenes algo mucho más profundo que las posturas teóricas y los principios político-sociales; el sufrimiento padecido por todo un pueblo y las diversas maneras en que la naturaleza humana se revela bajo condiciones de tal dureza, desde los casos de brutalidad o perversidad suma hasta los de la más desprendida generosidad. A través de esta pintura suya de los desastres de la guerra, el cuadro que traza nos presenta a la doliente humanidad desde una perspectiva que supera los sentimientos de angustia, de rabia, de impotencia, de miedo, de desamparo, con una visión apiadada, donde la compasión envuelve como una dulce niebla el abigarrado y confuso conjunto. Por otra parte, aun cuando la escritora se proyecta a sí misma en la protagonista del cuento y le hace seguir sus propios pasos, no hubiera podido olvidar en el proceso de transferencia que se trata ahora, dentro del ámbito ficcional, de una muchachita adolescente en quien mal encajarían las preocupaciones, ideas y prejuicios de los adultos.

Resultado de todo esto es que de aquella guerra sólo se nos transmite en sus páginas el puro horror y éste, en porciones excesivas, con detrimento del equilibrio que una obra de arte requiere. La introducción de algunos

otros elementos narrativos hubiera podido, acaso, no paliar ese horror, sino incluso acentuarlo todavía, aunque de forma indirecta, a la vez que daba al lector un respiro, procurándole, al iluminar sectores distintos del cuadro representado, el alivio de alguna variación.

Pero esta observación mía no debe valer como una crítica. Téngase en cuenta que estamos comentando, no una obra acabada que su autora hubiera entregado a la imprenta, sino un proyecto —ella misma designó como *borrador* su manuscrito— que, incluso en estado tal, merece la mayor consideración. Constituye, en efecto, un texto de calidad superior. Su prosa es tensa, limpia, funcional, y muy capaz, sin embargo, de sugerir aquello que expresamente no ha dicho, marca ésta infalible de la destreza artística en el trabajo literario. Sus descripciones, sin adornos, resultan eficaces; sus diálogos, caracterizadores, y los movimientos del ánimo, aun dentro de las situaciones más brutales, más aflitivas o desesperadas, se encuentran reflejados con delicadeza. En suma, que este libro, en cuanto pieza que pone término y cierra una serie muy distinguida de relatos juveniles, y, además, en razón de su particular valor e interés como testimonio patético de la guerra civil, rendido por una mujer de calidades morales muy altas que era, además, escritora consumada, tiene, sin duda, derecho a ocupar un lugar respetable en la historia de nuestras letras contemporáneas. El descubrimiento de su original más de medio siglo después de escrito, y su publicación reciente en bien cuidada edición, me brindan la oportunidad de rendir un tardío homenaje a su autora y de evocar a la misma vez aquellos años de nuestro común exilio en Buenos Aires, entre amigos, muchos de los cuales, como ella, han ido desapareciendo luego uno tras otro; aquellos años en que todos estábamos pendientes —con el alma en un hilo, como suele decirse—, a la espera de la guerra del destino en la II Guerra Mundial... Era el tiempo en que, a veces, Elena Fortún aparecía por mi casa, y mi hija contemplaba a la visitante con tímida curiosidad, porque yo le había advertido que aquella señora tan cariñosa era quien había escrito los cuentos de Celia que tanto la recreaban y complacían a ella en sus lecturas infantiles.

CARTAS AL DIRECTOR

El eurodiputado 'blanco'

Los partidos políticos han hecho las más variopintas interpretaciones de los resultados electorales de las pasadas elecciones europeas. Pero que yo sepa nadie ha hecho una valoración de los 270.773 votos en blanco, que superan a los obtenidos por Herri Batasuna y Europa de los Pueblos y que de haber existido una formación blanca hubiera obtenido un eurodiputado.

Personalmente creo que la inmensa mayoría de estos votos en blanco procede de electores que a la hora de emitir su voto no han encontrado un solo partido dentro del amplio abanico de oferta electoral que mereciera su confianza. Y que sólo tenían tres op-

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados, y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

ciones: abstenerse, votar nulo o votar en blanco, que parece ser el procedimiento más cívico de los tres. — Eduardo Buesa. Castellón.

Más sobre Máximo

Cuando Lola Lasala (EL PAÍS, domingo 27 de agosto) logre recordar dónde había leído eso de la finalidad de los chistes, quizá repare también en que "el llamado Máximo" y su ventana diaria más que un chistoso o un humorista es un periodista gráfico, más o menos agudo, más o menos inteligible; así como en que en ocasiones su recuadro no es sino la prolongación, más o menos artística, del asunto editorial, o la recreación caprichosa de la actualidad. Y maldita la gracia que ésta tiene casi siempre.

Que el paisaje de la actualidad en verano se puebla de anatomías (sin olvidar la competencia con el macabro horizonte de

víctimas sacrificiales del tráfico y de devastadores e inverosímiles incendios), y que el lenguaje corporal se desarropa y libera, parece admitir poca controversia; como que EL PAÍS se convierte en epítome de sí mismo en los días de agosto. No es extraño, pues, que tales perfiles se asomen al mirador diario de Máximo.

Sin embargo, la lectora no quiere ver en estas variaciones sobre tema predominante sino machismo y falta de originalidad con mérito de premio.

Así nos lo ofrece con una pincelada de ese humor que ella misma duda tener, jugando con el superlativo que da nombre al dibujante. Pero no contenta con la gracia, recalca en el dicitario, y

descubre que todo se debe a cobijar Máximo "una estrecha mente oxidada por falta de uso". La autointerrogación que abre la carta se ha convertido en lapidaria sentencia.

Cuando menos, de cortedad de miras, precipitación y falta de rigor se puede calificar su carta, con tan torcida interpretación. Quien busca afanosamente cada día la viñeta de Máximo, o quien simplemente fondea en ella, no encuentra un reclamo para la risa pronta. Asimismo sabe que *Máximo / Verano* no es más que una variante del Máximo habitual, y que incluso así no es justo calificar de ramplona y machista tal derivación hacia el desnudo del Máximo asociado. — Raúl Martín. Madrid.